

OBJETIVO 1

El eje del artículo “La Dirección de la Cura y los Principios de su Poder” enhebra una serie de diferencias entre dos modelos de Psicoanálisis. Uno que se fundamenta en una vertiente de desarrollos del Psicoanálisis del cual la Psicología del Yo es un fiel representante; y otro que surge de un desarrollo del Psicoanálisis que J. Lacan, autor alineado al mismo, denomina Psicoanálisis de filiación freudiana, en virtud de constituir una vuelta a conceptos fundamentales acuñados por Freud. Conceptos de los que, según el autor, la primera vertiente se alejaría, incurriendo en errores teóricos con consecuencias en la práctica clínica.

Esta serie de diferencias sirven de hoja de ruta en la exposición de los distintos puntos del modelo de análisis propuesto por J. Lacan en su artículo “La dirección de la Cura y los Principios de su Poder” y al cual tomo como referencia para el presente trabajo.

En uno de esos puntos se arguye que los analistas primeramente citados terminarían ejerciendo un poder frente al paciente, para nada deseable en un análisis. Un poder que Lacan relaciona con el ejercicio de una sugestión. Y que deriva en dirigir la cura hacia una reeducación emotiva, una adaptación del paciente a la realidad, un fortalecimiento de su Yo que distarían mucho de ser rasgos propios de un análisis en el sentido freudiano.

Esto en virtud de la relación entre el Yo y la represión establecida por Freud:

Nuestras anteriores investigaciones nos han demostrado que la resistencia es un producto de las fuerzas del yo, esto es, de sus cualidades características, tanto conocidas como latentes. Son, pues, estas mismas fuerzas y cualidades las que deben de haber determinado la represión, o por lo menos, haber contribuido a producirla. (Freud, 1916)

Por tanto, un fortalecimiento del Yo redundaría en un fortalecimiento de la resistencia al análisis tanto como en un sostenimiento de la represión que mantiene el conflicto neurótico inmovible en su enquistamiento inconsciente. Contrario a esto, Freud sostiene:

Lo importante es que los mecanismos defensivos dirigidos contra el peligro primitivo reaparecen en el tratamiento como resistencias contra la curación. De aquí resulta que el yo considera la curación como un nuevo peligro. El efecto terapéutico depende de que se haga consciente lo que se halla reprimido, en el sentido más amplio de la palabra, en el Ello. (Freud, 1937)

Al alejamiento de estos conceptos referiría el autor. El mismo denuncia un poder contrario a la dirección de la cura. Es un poder que se ejerce a causa de descuidar aspectos teóricos fundamentales del Psicoanálisis fundado por Freud. El autor escribe: “Pretendemos mostrar en qué la impotencia para sostener auténticamente una praxis, se reduce, como es corriente en la historia de los hombres, al ejercicio de un poder.” (Lacan, 1958)

Las diferencias aludidas por Lacan entre un Psicoanálisis que se dirige hacia el fortalecimiento del Yo y la reeducación emotiva y otro que registra los desarrollos de verdades en los decires del sujeto paciente reproducen, según entiendo, aquellas que Freud hacía en su artículo “Sobre Psicoterapia” del año 1904, entre la sugestión y el Psicoanálisis. En este fragmento Freud ilustra y fundamenta con una analogía en las artes plásticas, su alejamiento de la sugestión hipnótica como método clínico.

Considero pertinente citarlo ya que Lacan en más de un pasaje de su artículo “La dirección de la cura...” advierte sobre los riesgos de que el Psicoanálisis termine siendo una mera “sugestión”:

En verdad, entre la técnica sugestiva y la analítica hay la máxima oposición posible: aquella que el gran Leonardo da Vinci resumió, con relación a las artes, en las fórmulas *per via di porre* y *per via di levare*. La pintura, dice Leonardo, trabaja *per via di porre*; en efecto,

sobre la tela en blanco deposita acumulaciones de colores donde antes no estaban; en cambio, la escultura procede per via di levare, pues quita de la piedra todo lo que recubre las formas de la estatua contenida en ella. De manera en un todo semejante, señores, la técnica sugestiva busca operar per via di porre; no hace caso del origen, de la fuerza y la significación de los síntomas patológicos, sino que deposita algo, la sugestión, que, según se espera, será suficientemente poderosa para impedir la exteriorización de la idea patógena. La terapia analítica, en cambio, no quiere agregar ni introducir nada nuevo, sino restar, retirar, y con ese fin se preocupa por la génesis de los síntomas patológicos y la trama psíquica de la idea patógena, cuya eliminación se propone como meta. Por este camino de investigación, ha hecho avanzar muy considerablemente nuestros conocimientos. Sí abandoné tan pronto la técnica sugestiva y, con ella, la hipnosis, es porque dudaba de poder hacer una sugestión tan fuerte y resistente como se requería para una curación duradera. (Freud, 1904)

Ilustremos el artículo citado con una definición que alude a los orígenes del uso del término sugestión en estas ciencias: “En la psiquiatría francesa del siglo XIX, la palabra sugestión designaba el empleo de la hipnosis para remover síntomas neuróticos: mientras el paciente se encontraba en estado hipnótico, el médico le sugería que el síntoma iba a desaparecer.” (Evans, 1996)

En resumen, la posición desde la cual opere el analista decide que sus intervenciones se dirijan hacia una sugestión o un análisis, y esto define una dirección de la cura, una concepción de lo patológico.

Pensar la posición del analista es posible gracias a entender la situación analítica estructurada por un sujeto paciente que demanda. Lacan concluye que el hecho de hablar es demandar. Ese es el territorio en el cual pensar al analista y la posición desde donde hace sus intervenciones. La posición que esa demanda le adjudica y que hace el analista con ello.

Respecto a ese lugar de poder que el analista ocuparía frente al paciente en la vertiente que dirige la cura hacia un fortalecimiento del Yo, Lacan va a cuestionar esto con frases como: “Volveré pues a poner al analista en el banquillo, en la medida en que lo estoy yo mismo para observar que está tanto menos seguro de su acción cuanto que en ella está más interesado en su ser.” (Lacan, 1958)

Se habla aquí de una revisión de la posición del analista por las consecuencias antes citadas. Esto articula con la crítica a encaminar la cura hacia un fortalecimiento de aspectos yoicos que en nada comprometen el

develamiento de enigmas inconscientes que sobredeterminan los fenómenos psíquicos que constituyen el padecimiento del paciente.

Ambos puntos remiten a la concepción de sujeto con la que el modelo de análisis opere. La referencia al ser y a la carencia del ser a la cual alude en varios pasajes se relaciona aquí con el concepto de alienación, que para Lacan es constitutiva del sujeto.

Que sea constitutiva del sujeto implica decir que no es patrimonio exclusivo de lo patológico, vale decir, solo del paciente o analizante, sino extensiva al analista.

Entonces tenemos que todo sujeto humano es un sujeto alienado. ¿En qué consiste esta alienación, este extrañamiento del sujeto humano consigo mismo?

En contraste con Hegel -filósofo del cual Lacan se nutre-, para quien es factible alcanzar la autoconciencia absoluta, el autor sostiene que el inconsciente es lógicamente inabarcable en su totalidad por la conciencia, aún llegado a su fin un análisis. Siempre habrá una parte del sujeto que será ajena a la conciencia.

Para la intelección de estos conceptos es necesario referirse a la articulación que Lacan realiza en sus desarrollos teóricos entre el Psicoanálisis de Freud y la Lingüística Moderna.

Haré un alto aquí para ilustrar sobre un concepto clave. Es el de estructura. Nacido de la Lingüística de de Saussure, luego desarrollado por el lingüista Jakobson y el antropólogo Levi Strauss. Concepto base de los desarrollos de Psicoanálisis concebidos por Lacan y punto de división de

aguas entre estos y los desarrollos de la vertiente de la Psicología del Yo, que Lacan define como un Psicoanálisis que se sobreadapta a las exigencias del “american way of life”, entendiéndose por esto la concepción que del ser humano tiene la primera potencia económico-bélica, donde se propiciarían las plenitudes narcisistas por sobre toda problematización dialéctica de las verdades que la sostienen.

Este concepto de estructura es punto de apoyo para teorizaciones como los tres registros con los que Lacan clasifica la totalidad de los fenómenos psíquicos, a saber, simbólico, imaginario y real.

Se define estructura como “relaciones fijas entre locis (lugares) que están en sí mismo vacíos. (...) De modo que los elementos no interactúan sobre la base de propiedades intrínsecas o inherentes propias, sino simplemente en virtud de las posiciones que ocupan en la estructura.” (D. Evans, 1996)

Llevando estas definiciones al plano del Psicoanálisis, y a manera de introducción en el tema, el mismo autor escribe:

(...) la palabra estructura conserva este sentido de algo intersubjetivo y también intrasubjetivo, representación interna de las relaciones interpersonales. (...) En toda la obra de Lacan, su énfasis en la estructura es un recordatorio constante de que lo que determina al sujeto no es alguna supuesta esencia, sino simplemente su

posición con respecto a los otros sujetos y a los otros significantes. (D. Evans, 1996)

Retomando la fundamentación del sujeto humano como sujeto lógicamente alienado, pensemos en el encuentro entre la criatura humana aún no parlante - considerado esto como un momento lógico en este constructo teórico, más que un momento estrictamente cronológico en el desarrollo humano -, y el lenguaje, que la preexiste, la nombra y traduce sus expresiones primeras, sus gritos, arbitrariamente y con las mejores intenciones de cuidar de ella. Arbitrariamente digo, pues es un trabajo de traducción al cual ninguna referencia garantiza su exactitud, el que ese adulto hace allí.

Entonces cuando hablamos del encuentro de la criatura humana con el lenguaje lo pensamos como el ingreso a un lugar en una estructura preexistente. Y a un lugar también preexistente, pues antes de nacer ya hay un nombre aguardando por ese viviente, expectativas concientes e inconcientes sobre identidad sexual, futuras preferencias por un cuadro de fútbol, elecciones vocacionales, posiciones políticas, etc.

De ahí el primer extrañamiento, mítico, fundante, donde el humano no parlante nace al mundo simbólico, al mundo de las palabras, al mundo humano pagando un precio por ello.

El ser pertenece al orden simbólico, puesto que este es “la relación con el Otro en la cual el ser

encuentra su estatuto". Esta relación al igual que el Otro en sí, está marcada por una falta, y el sujeto está constituido por esta falta de ser que da origen al deseo, un anhelo de ser, de modo que el deseo es esencialmente un deseo de ser (Evans, 1996)

Hay un resto que queda por fuera de ese orden simbólico.

(...) esa hiancia de la que da testimonio el neurótico al querer justificar su existencia, y por ende implícitamente distinguir de la relación interhumana, de su color y de sus engaños, esa relación con el Otro en que el ser encuentra su estatuto. (Lacan, 1958)

Este es el territorio fecundo de indagación de Lacan. Desde allí surgen los conceptos de demanda, necesidad, deseo, pulsión, herramientas en la clínica propuesta por dicho autor.

Digamos, contextualizando desde donde teoriza Lacan, que el ser humano nace en un estado de prematuración tal, en contraste con las especies animales, que le impide toda coordinación de su cuerpo. (Resalto aquí la trascendencia que Lacan da a la prematuración con que nacemos, para los fundamentos de todo su constructo teórico.) Sin los cuidados de un mayor no sobreviviría. Imposibilitado de desplazarse o realizar alguna acción

voluntaria, sus únicas posibilidades físicas son aleteos descoordinados de sus brazos, movimientos espasmódicos de piernas, gemidos, gritos y llantos.

Estas manifestaciones serán entendidas por el adulto que lo cuida, la madre, como una demanda de ser satisfecha alguna necesidad. Pero el texto de esa demanda es aportado por el adulto parlante, que Lacan denomina el “Otro” con mayúscula y representa en la matematización que el autor propone de la teoría psicoanalítica con la sigla A (inicial de autre, otro en francés, la lengua originaria del autor). Este momento lógico es central en su teoría.

Digamos también que habita en el viviente una necesidad biológica pasible de ser satisfecha, sea esta hambre, dolor, frío, picazón, etc., a la cual ese texto pretende referirse. Pero que en esa demanda va implícito algo que no será satisfecho, un resto, que Lacan denomina demanda de amor. Ese resto funciona de un modo particular.

Lo que evoca toda demanda más allá de la necesidad que se articula en ella, y es sin duda aquello de que el sujeto queda privado, tanto más propiamente cuanto más satisfecha queda la necesidad articulada en la demanda. Más aún, la satisfacción de la necesidad no aparece allí sino como el engaño contra el que se estrella la demanda de amor (...), (Lacan, 1958)

Este resto abre camino a la conceptualización sobre el deseo y la pulsión en este constructo. Ilumina también sobre la distinción entre el instinto animal y la pulsión humana, que el autor presenta como producto del lenguaje, de la cultura y no de la biología, y que, como ya había postulado Freud, es una fuerza de empuje constante, continua e imposible de satisfacer. Volveremos sobre este punto.

Entremos en tema citando un párrafo que ilustra la manera en que estos conceptos operan en la clínica aquí propuesta.

Por el intermediario de la demanda, todo el pasado se entreabre hasta el fondo del fondo de la primera infancia. Demandar: el sujeto no ha hecho nunca otra cosa, no ha podido vivir sino por eso, y nosotros (los analistas) tomamos el relevo.
(Lacan, 1958)

Se ve aquí cómo se piensa la posición del analista en este modelo. Se entiende la situación analítica como la reproducción de una estructura que da cuenta de la vida, de la historia del sujeto paciente. Estructura que el sujeto paciente transfiere a la relación analítica. Esta operación de transferir será tratada en detalle más adelante, en tanto uno de los conceptos fundamentales del Psicoanálisis. Y que se funda en el encuentro de la cría humana con el lenguaje, con el Otro que aporta los significantes.

Ahora bien, conviene recordar que es en la más antigua demanda donde se produce la identificación primaria, la que se opera por el poder absoluto materno, a saber aquella que no sólo suspende del aparato significante la satisfacción de las necesidades, sino que las fragmenta, las filtra, las modela en los desfiladeros de la estructura del significante. Las necesidades se subordinan a las mismas condiciones convencionales que son las del significante en su doble registro: sincrónico de oposición entre elementos irreductibles, diacrónico de sustitución y de combinación, por el cual el lenguaje, aunque sin duda no lo llena todo, lo estructura todo de la relación interhumana. (Lacan, 1958)

Este párrafo versa sobre el concepto de “Otro” que Lacan escribe con mayúscula para diferenciarlo del “otro” que es par, semejante, al cual Lacan ubica en el registro de lo imaginario, - que es uno de los tres registros con los que el autor ordena, clasifica los fenómenos psíquicos -. Registro de la imagen con la que se identifica el sujeto durante la formación de su Yo. (Esto en relación a la tesis del autor conocida como Estadio del Espejo que trataré más adelante, en ocasión de desarrollar el orden o registro imaginario)

Volviendo: este gran Otro, decía, está representado por la posición que primeramente ocupa la madre frente al grito del niño, del infans, del humano aún no parlante. Ese grito que el Otro lee como demanda. Lacan concluye que al Otro no hay que entenderlo como una persona, sino como un lugar, el lugar del lenguaje.

Por su poder para “suspender del aparato significante la satisfacción de las necesidades, fragmentarlas, filtrarlas, modelarlas”, ese Otro es el lugar del encuentro con el significante, significante que aspira a significarlas. Encuentro que divide al sujeto, que funda la carencia de su ser, y que castra, pues veremos cómo se relaciona la Ley del Padre, que regla las relaciones sexuales en la familia, y el Complejo de Castración, con el lenguaje y el advenimiento del sujeto. Citemos a título introductorio:

(...) esta ley, entonces, se revela con claridad suficiente como idéntica a un orden de lenguaje. Pues sin nominaciones de parentesco, ningún poder puede instituir el orden de preferencias y tabúes que ligan y tejen el hilo del linaje a través de las sucesivas generaciones. (Lacan, 1953)

Este párrafo introduce la articulación de estos conceptos con el de Complejo de Edipo, tan central y ordenador de toda la teoría psicoanalítica acuñada por Freud. Todo este bagaje teórico está en juego en ese momento lógico de la entrada del viviente en la cultura, vehiculizada por la palabra.

Retomando, esta es la alienación fundante del sujeto. La que implica también al analista. Desde allí se inspira la crítica de Lacan a quien se arroge un lugar de poder desde donde reeducar, que implicaría poseer un saber absoluto sobre la naturaleza del conflicto en que se debate el paciente.

A este respecto el autor hace una distinción entre el comprender y el pensar, oponiéndose a la primera de estas operaciones y denostándola como una ilusión que el analista debiera reconocer como un obstáculo; obstáculo fundado en buenas intenciones, como lo remarca Lacan, pero que llevaría a errores iatrogénicos. Obstáculo, decía, que opera como una resistencia a la escucha de los desarrollos de verdad del sujeto paciente. Lacan remata esto con una reflexión categórica de su cuño: “La resistencia en el análisis es la resistencia del analista”, que como citáramos anteriormente, “pone al analista en el banquillo”.

Por el contrario, ese saber, como propone este modelo, es patrimonio del sujeto paciente, solo que él no lo sabe. Se entiende ese “él” como el sujeto del inconciente, el sujeto del deseo, no como la instancia Yo, de la segunda tópica de Freud.

La cita anterior habla de unas condiciones convencionales del significante. Lacan postula: “...que en el inconciente un material opera según unas leyes que son las que descubre el estudio de las lenguas positivas, de las lenguas que son o fueron efectivamente habladas” (Lacan, 1958)

Valiéndose Lacan de los aportes de la Lingüística Moderna, articula la teoría psicoanalítica con las leyes de la sincronía y la diacronía postulados

por De Saussure en su “Curso de Lingüística”. Ilustremos aquí con las fuentes primeras:

Verdad que todas las ciencias debieran interesarse por señalar más escrupulosamente los ejes sobre los que están situadas las cosas de que se ocupan: Habría que distinguir en todas: 1º un eje de simultaneidades, que concierne a las relaciones entre cosas coexistentes, de donde está excluida toda intervención del tiempo, y 2º un eje de sucesiones, en el cual nunca se puede considerar más que una cosa cada vez, pero donde están situadas todas las cosas del primer eje con sus cambios respectivos. Para las ciencias que trabajan con valores esta distinción es una necesidad práctica y, en ciertos casos, una necesidad absoluta. En este terreno se puede desafiar a los científicos a que no podrán organizar sus investigaciones de una manera rigurosa si no tienen en cuenta los dos ejes, si no distinguen entre el sistema de valores considerados en sí y esos mismos valores considerados en función del tiempo. (de Saussure, 1915)

Aplicadas estas leyes de la lingüística al análisis de las producciones del sujeto, aportan luz a la distinción entre el desarrollo del decir del paciente, el discurso que se desliza en el eje diacrónico y los efectos de significado producidos por la sustitución de un significante por otro, pongamos por caso un fallido, en el eje sincrónico, operación análoga al tropo literario denominado metáfora.

Se puede graficar con el cruce de dos cadenas de significantes, una horizontal, el eje diacrónico; y otra vertical, el eje sincrónico. La cadena horizontal en la que se combinan los significantes para conformar el discurso lineal y cadenas verticales capaces de sustituir un significante por otro, que la intersectan. Un significante que, para el Psicoanálisis, puede ser una letra, una frase, una sintaxis, un cambio en la entonación.

Agrego aquí el concepto de puntuación, que opera sobre el eje diacrónico del discurso. Cada nuevo fonema, morfema, entonación, coma, punto, signo de admiración, de pregunta, introduce un cambio en el discurso que afecta a todo lo anterior. Recordemos el ejemplo: “Te quiero mucho” y como cambia el sentido de esa oración con el agregado de un morfema como “pero”: Entonces nos queda: “Te quiero mucho, pero...” Esto ilustra la Metonimia, como tropo literario que traduce en términos de lingüística la operación de desplazamiento, descrita por Freud como propia del Proceso Primario, de la forma de moverse las representaciones del inconciente. Se desplaza así la significación, por lo cual nunca es acabada.

Volvamos sobre el concepto de puntuación. Con este concepto Lacan alude a que lo que se dice es significado por quien escucha en función de la

puntuación con la que recibe, lee ese texto. La puntuación determina retro activamente el sentido del texto. Es lo que sucede cuando la madre da sentido al grito del infans, la criatura que aún no habla. También se reproduce entre analista y paciente: aquí la puntuación es una herramienta útil para hacer notar al sujeto paciente otro sentido posible de una frase, una palabra.

Evidenciar su carácter de significante que no está acotado a un significado.

A su vez, la metáfora antes descrita hace lo propio con la condensación, que es la otra operación del Proceso Primario concebido por Freud. El movimiento es el de sustitución de un significante por otro. Esto produce un detenerse de la significación que corre por el eje metonímico: se genera un efecto de significación. Vale decir que si bien la significación nunca es una, ni esta acabada, agotada, la metáfora hace ahí un corte en el desplazamiento del sentido. Se genera un sinsentido - es lo buscado por este modo de análisis - para el advenimiento de un significante que represente más puramente el deseo del sujeto.

De lo anterior se desprende el valor otorgado por este modo de análisis a algo tan nimio como, por ejemplo, una interjección en el discurso del sujeto paciente, cuya sustitución obedece a una lógica a descifrar: la lógica del inconsciente de ese sujeto en particular. Lógica de la cual solo él sabe, saber enigmático atesorado en sus cadenas de significantes. Esto fundamenta la escucha de los decires del paciente. Artículos, sustantivos, verbos, interjecciones, frases, la sintaxis que utilice aportan datos al análisis.

Lacan trata en su escrito distintos conceptos que son herramientas en la clínica psicoanalítica. Así, en el inicio de un análisis, nos encontramos con la exposición al paciente de la Regla Fundamental. Lacan describe este momento como un dialogo entre analista y paciente que es irreductible a una comunicación univoca, pues hay que considerar allí la participación de los preconceptos del paciente respecto del Psicoanálisis tanto como el particular modo de entender dicha regla por parte del analista. Lo entiendo como un registrar la verdad que trae el sujeto paciente sobre el Psicoanálisis, tanto como la implicación del analista en su modo particular de operar en el lugar del “Otro” que pone reglas.

Vayamos primeramente a lo que Freud escribía en su artículo “Esquema del Psicoanálisis”.

En esta necesidad comencé a poner en práctica el método de la asociación libre, consistente en comprometer al sujeto a prescindir de toda reflexión consciente y abandonarse, en un estado de serena concentración, al curso de sus ocurrencias espontáneas (involuntarias). Tales ocurrencias las debía comunicar al médico, aun cuando en su fuero interno surgieran objeciones de peso contra tal comunicación; por ejemplo, las de tratarse de algo desagradable, desapartado, nimio o impertinente. (Freud, 1923)

Veamos ahora cómo entiende Lacan dicha regla: “Establezcamos únicamente que, de reducirlo a su verdad, ese tiempo consiste en hacer olvidar al paciente que se trata únicamente de palabras, pero que esto no justifica que el analista lo olvide a su vez.” (Lacan, 1958)

Este es el valor que este modelo de análisis otorga a la escucha de los significantes en el discurso del sujeto paciente. No es el Yo, sino el sujeto del inconciente, el sujeto del deseo, que habla al analista tanto como al sujeto paciente mismo, el que aquí interesa registrar en sus producciones. Es el sujeto que sorprende con sus producciones.

“Hacer olvidar” suena a distraer la atención de la instancia represora del yo, sobre las palabras que vehiculizan las verdades sobre el deseo inconciente.

En esa modalidad de escucha se genera el terreno fértil para el surgimiento, para el registro, de las verdades del sujeto así definido. Verdades que se suceden, progresivamente, como veremos, develando enigmas. En relación a esa sucesión de verdades, remito al lector a la cita sobre dialéctica de Evans, 2007 en el capítulo Motivos y Antecedentes. En relación a dicha cita, acoto que Lacan escribe: “Sócrates precursor del análisis” (Lacan, 1960).

A su vez este movimiento de verdades está ilustrado en el Objetivo 2 de esta tesis por las referencias sobre el estudio que Lacan hace del modo de operar de Freud en el caso Dora, extraído de su escrito “Intervención sobre la Transferencia”.

Vayamos a otro concepto que es herramienta de la clínica psicoanalítica.

Aplicando estas teorizaciones al concepto de interpretación, dice Lacan:

La interpretación, para descifrar la diacronía de las repeticiones inconscientes, debe introducir en la sincronía de los significantes que allí se componen algo que bruscamente haga posible su traducción, precisamente lo que permite la función del Otro en la ocultación del código, ya que es a propósito de él como aparece su elemento faltante. (Lacan, 1958)

Este encuentro primero mítico del viviente con el Otro, el lenguaje, se transfiere a la relación con el analista. Entonces hay un lugar en el análisis, que es el lugar del Otro, con el cual operará el analista. Desde la posición del Otro el analista aportará con su escucha y la puntuación, las interpretaciones. La precaución de no ubicarse en el lugar del otro con minúscula, que es el semejante, radica en no llevar la relación analítica a una relación dual, de yo a yo, desde donde no se podría ya operar como analista, y donde primaría la identificación alienante al semejante, posición que anularía al analista. Prevalecerían allí las pasiones de amor y odio, obstaculizando el registro de la palabra.

Entonces cuando Lacan escribe “algo que bruscamente haga posible su traducción” debemos pensar en una cadena de significantes en el eje

sincrónico de la cual “lo que se repite” es un eslabón. La dirección es la de propiciar el desarrollo de verdades que sustituyan las ya dichas, esto a lo largo de esa cadena sincrónica. La sustitución de un significante por otro en el eje sincrónico, la metáfora. Es el momento en que hay un efecto de significación en el discurso, surge una nueva verdad del sujeto. Entiendo también ese “algo que bruscamente haga posible su traducción” como la ruptura del sentido que el Yo del sujeto paciente le da a su decir. La provocación de un vacío de sentido, espacio disponible para una nueva verdad sobre el deseo, más pura.

Entiendo también, en esa “ocultación del código” la provocación de un sinsentido, todo lo contrario de una interpretación acabada, acotada, como una traducción de diccionario.

Desarrollemos ahora una de esas herramientas conceptuales que fundamentan esta modalidad de análisis: es el concepto de orden o registro. Lacan distingue un orden imaginario, un orden simbólico y un orden real.

Un orden imaginario, al que corresponde, en un principio, la formación del Yo del sujeto. Lacan funda este desarrollo en la observación de niños de entre 6 y 18 meses al hallarse frente a un espejo. Concluye que la formación del Yo es un acto psíquico. En él se produce la alienación del sujeto al identificarse jubilosa y precipitadamente con una imagen ideal que no es él, sino una imagen de él, que lo fascina por verse allí unido, no fragmentado, pleno, autónomo.

En ese acto precipitado, el sujeto se sustrae de una angustia. Angustia originada por la sensación de indefensión y dependencia con las que nace y

vive sus primeros años la criatura humana. Sensación de tener el cuerpo fragmentado, sin coordinación de sus movimientos. Esto en relación al estado de prematuración con que nace el bebe humano en contraste con otras especies de mamíferos, como ya señalamos.

La prematuración en el ser humano, pilar en los desarrollos de Lacan, es un aspecto negativo con el que nuestra especie carga a consecuencia o como precio de los logros evolutivos. La cría humana no pasaría por el canal óseo de parto si se extendiera su gestación más allá de los nueve meses.

Es la bipedestación el rasgo evolutivo que posibilitó la liberación de las manos de su función en la marcha, dejándolas disponibles para emprender el largo camino de manipulación de instrumentos que desde el garrote se extienden hasta la nanotecnología de hoy.

Desde la Antropología del Parto se postula que es la presión ejercida sobre la pelvis por tener que soportar todo el peso de la columna vertebral, así como el cambio de ángulo de la misma en comparación con los mamíferos cuadrúpedos lo que provocó la disminución del diámetro en el canal óseo de parto. A estos datos hay que combinarlos con el hecho evolutivo de que la cabeza del feto pasó de alargada en el cuadrúpedo a redondeada en el humano actual, fuente de dificultades en el parto y razón por la cual una gestación más prolongada sería inviable para la especie.

A este orden o registro imaginario, decíamos, corresponden las pasiones, el amor y el odio. Amor hacia esa imagen de sí, por la sensación de plenitud que produce verse completo y autónomo. Odio o agresión por la amenaza de perder ese estado de plenitud, ficticio, precipitado. Es lo característico de la

relación dual, de Yo a Yo, sin mediación de un tercero. A este tipo de relación adjudica Lacan el modelo de análisis criticado en su artículo.

Esa tercera posición que irrumpe en la relación dual, da lugar a otro orden, el de lo simbólico, el registro de la palabra. Si el orden imaginario se caracteriza por la relación dual, el simbólico por la relación triádica. El tercero es el lugar de la ley, que posibilita la cultura. Es la marca en el sujeto del mundo del lenguaje, que preexiste a todo humano que nace, y al cual será indefectiblemente sometido. La criatura humana será nombrada, su persona, sus necesidades, sus gestos, sus gritos. Será traducida, hablada por quienes lo preexisten. Para Lacan el lenguaje es un espacio exterior, entre la criatura humana y el Otro, en donde el sujeto advendrá.

Si el registro imaginario explica la constitución del Yo, el simbólico explica la constitución del sujeto, del sujeto del inconciente. Acá hay también una alienación pues es impensable un sujeto fuera del mundo del lenguaje, y el acceso a ese mundo es por la vía de una imposición de palabras de los otros, los mayores que cuidan del niño, de significantes que aspiran a significar su existencia, y que dejan un resto sin significar.

Un significante es la imagen fónica de una palabra. Significante que significa un significado. Uno, dos, veinte. Este modelo reconoce el significante en sus muchas posibilidades de significación, infinitas, al punto de postular Lacan que “el significante en cuanto tal, no significa nada”. Que lo que se dice es siempre ambiguo, fuente de malentendidos, de engaños. Que es el Otro quien significa mis decires independientemente de lo que yo quiero decir.

Lacan distingue entre “je” el sujeto del inconsciente y “moi” que es el Yo. El primero pertenece al orden de lo simbólico, y el segundo al de lo imaginario. “Je” sería lo que de mi discurso se puede leer como articulación de mi deseo, de mis representaciones reprimidas. “Je” es el que debe advenir donde Ello era, en relación a la frase de Freud que alude a una dirección de la cura: “Donde Ello era, Yo debe advenir.”

Decíamos anteriormente del sometimiento del viviente no parlante - aún antes de nacer - a una estructura simbólica que lo preexiste. Veamos como opera esta teoría en la lectura que Lacan hace de un caso de Freud:

Pues esas líneas adivinadas conciernen tan poco al Yo del sujeto, y a todo lo que puede presentificar hic et nunc (aquí y ahora) en la relación dual, que es cayendo derechito, en el caso del hombre de las ratas, sobre el pacto que presidió al matrimonio de sus padres, sobre lo que sucedió por lo tanto mucho antes de su nacimiento, como Freud vuelve a encontrar esas condiciones mezcladas: de honor salvado por un pelo, de traición sentimental, de compromiso social y de deuda prescrita, de las cuales el gran libretto compulsivo que empujó al paciente a ir hacia él parece ser la calca criptográfica -y viene allí a motivar finalmente los callejones sin salida

en los que se extravían su vida moral y su deseo.(Lacan, 1958)

Aquí se ilustra cómo opera este modo de análisis, al señalar el valor de significativo de esos callejones sin salida, sus síntomas, que no se agotan en una significación acotada, sino en la apertura de desarrollos de verdades del sujeto paciente.

Lacan habla de la interpretación y su función primordial que es la de relanzar la transferencia hacia el proceso dialéctico en el que se sucedan nuevas verdades del sujeto, y que esta función es cumplida aún sin una exigencia de exactitud en la interpretación. Esto está desarrollado en el Objetivo 2 en relación al estudio que Lacan hace del caso Dora, de Freud.

También rescata Lacan la denegación como feed back positivo de la dirección de una interpretación, criticando la búsqueda del asentimiento del sujeto paciente como un forzamiento, un sometimiento. Veamos como sigue la presentación por Lacan de este fragmento del caso de Freud:

Pero lo más fuerte es que el acceso a ese material sólo ha sido abierto por una interpretación en que Freud presumió una prohibición que el padre del hombre de las ratas habría establecido sobre la legitimación del amor sublime al que se consagra, para explicar la marca de imposible con que, bajo todos sus

modos, ese lazo parece marcado para él. Interpretación de la cual lo menos que puede decirse es que es inexacta, puesto que es desmentida por la realidad que presume, pero que sin embargo es verdadera en el hecho de que Freud da prueba en ella de una intuición en la que adelanta lo que hemos aportado sobre la función del Otro en la neurosis obsesiva, demostrando que esa función en la neurosis obsesiva se aviene a ser llenada por un muerto, y que en ese caso no podría serlo mejor que por el padre, en la medida en que, muerto efectivamente, ha alcanzado la posición que Freud reconoció como la del Padre absoluto. (Lacan, 1958)

Retomando el eje de las diferencias entre modelos, tenemos un desarrollo de Psicoanálisis representado por la Psicología del Yo que ubica al sujeto en el Yo y considera la situación analítica como una relación de dos, de dos Yo, o Yoes. El del paciente que es débil y el del analista que es fuerte, y con capacidad para reeducar y fortalecer al Yo del paciente, esto que Lacan criticará negativamente como una ortopedia del Yo del paciente.

Su crítica se basa en que considerar solo la eliminación de síntomas como criterio de eficacia es una propuesta que no resuelve el conflicto profundo, estructural, del cual los síntomas son no solo una manifestación, sino una

parte funcional de la estructura del sujeto, son un texto para ser leído, pensado, integrado en el texto total, en ese guión que es la historia del sujeto paciente.

Intercalaré aquí una cita de Freud que se alinea con esta concepción estructural del síntoma y aporta al tema:

Si es cierto que existe un sistema inconsciente, no puede ser el sueño su única manifestación. Todo sueño es, desde luego, una realización de deseos, pero tiene que haber también otras formas de realizaciones anormales de deseos distintas del sueño. Así es, en efecto, pues la teoría de todos los síntomas psiconeuróticos culmina en el principio de que también estos productos tienen que ser considerados como realizaciones de deseos de lo inconsciente.
(Freud, 1900)

Este es el lugar del síntoma en la estructura del sujeto. Relacionando el síntoma concebido como realización de deseo con el sufrimiento que implica para el sujeto, cito:

No obstante el resultado de transgredir el principio de placer no es más placer sino dolor,

puesto que el sujeto solo puede soportar una cierta cantidad de placer. Más allá de este límite, el placer se convierte en dolor, y este placer doloroso es lo que Lacan denomina goce: el goce es sufrimiento. El término goce expresa entonces perfectamente la satisfacción paradójica que el sujeto obtiene de su síntoma o para decirlo en otras palabras, el sufrimiento que deriva de su propia satisfacción (...) (Evans, 1996)

De ahí lo propio de este modelo de entender al síntoma como un modo particular de gozar del sujeto.

Volviendo a la crítica a la Psicología del Yo y a esa figura de prótesis, de ortopedia del Yo, que ilustra el propiciar identificaciones con el analista, que se traducen en un sometimiento a su visión de la realidad. Esto generaría resistencias que son reivindicadas como positivas a la dirección de la cura desde el modelo de análisis aquí propuesto. Esto se verá más claro a continuación, al tratar el tema de la transferencia y la ordenación que de la misma hace Lacan en una transferencia imaginaria y una simbólica.

Este fenómeno que fue considerado por Freud primeramente como un desplazamiento de afecto desde una idea a otra y que luego fue aplicado a la relación entre paciente y analista fundado en las experiencias de Breuer con su paciente Ana O.

Ana O, quien manifestaba estar enamorada de su analista y que Freud teoriza como la transferencia de ideas y afectos inconcientes sobre la persona del analista. En un principio la transferencia fue considerada un obstáculo, una resistencia para el análisis.

Luego se reconoció su faceta positiva: presentificar el conflicto del paciente en relación a alguna figura importante de su vida, generalmente los padres. Transferirla a la relación con el analista. Siendo un modo profundo de entender el conflicto, a la vez que un lugar donde intervenir el analista.

Esta dicotomía en la valoración de la transferencia en la relación analítica es tomada por Lacan y relacionada con su concepción de un orden imaginario y un orden simbólico.

Entonces los afectos que se despliegan en análisis, el amor o el odio al analista, no son considerados trascendentes para el curso del análisis en este modelo, sino como resistencias. Esto corresponde al orden imaginario de la transferencia.

Es desde el punto de vista del orden simbólico que se entiende y opera con la transferencia. Entendida la relación analítica como la reproducción de una estructura de relación del sujeto paciente. Como una estructura donde cada miembro de la relación ocupa un lugar, una posición. Esto que se da en llamar posición subjetiva. En este modelo se habla de modificar la posición subjetiva como una dirección de la cura. Es entonces la transferencia simbólica el territorio del análisis: "En un psicoanálisis, en efecto, el sujeto, hablando con propiedad, se constituye por un discurso donde la mera

presencia del psicoanalista aporta antes de toda intervención, la dimensión del diálogo.” (Lacan, 1951)

Decíamos que el análisis para este modelo es un proceso dialéctico en el que el analista propicia desarrollos de verdad del sujeto paciente, verdades que se suceden, que no están preformadas, aguardando en algún lugar, que surgen en análisis si son registradas, leídas, pensadas por el analista. Que sorprenden tanto al paciente como al analista.

Este saber no sabido por el sujeto paciente es ilustrado en el artículo aquí estudiado por un caso presentado por el psicoanalista Ernst Kris. En él, el sujeto paciente - el sujeto del inconciente del paciente, aquel que al advenir sorprende, no su Yo - cuestiona, sin percatarse de ello, una interpretación apresurada, precipitada, (esa ilusión de comprender mencionada anteriormente, que Lacan ubica en el registro de lo imaginario) del analista. La cuestiona por medio de un acting out en el cual alude a un deseo de “sesos frescos” como plato preferido, plato por medio del cual figuraría su deseo de tener una idea propia, nueva.

Esto es leído por Lacan como una reivindicación del sujeto paciente de su “plagiarismo” como portador de una verdad sobre su deseo. Con ello se resiste a la interpretación de Kris, quien, basándose en la realidad, compara los escritos del paciente y concluye que no hay evidencia de plagio alguno.

Aquí se contrastan dos modos de análisis. Uno que interpreta en función de la realidad de los hechos y otro que registra los decires del sujeto paciente como portadores de su verdad particular, datos sobre su deseo inconciente.

Ni más ni menos que dar crédito a la realidad psíquica, a la realidad subjetiva como dato.

Abro aquí un paréntesis. Esto me remite a un momento en la historia del Psicoanálisis: Cuando la teoría de la seducción infantil fue reemplazada por la teoría del fantasma, fundada en la realidad subjetiva basada en el inconsciente. Recordemos el contexto de este cambio de rumbo: Los pacientes expresaban haber sido víctimas de abusos sexuales físicos o psicológicos cuando niños por parte de adultos. Ante la evidencia de la falsedad de tales afirmaciones que sin embargo eran sostenidas por sus pacientes como verdades, Freud tuvo que buscar las causas de la neurosis no ya en la realidad material, sino en una realidad que se desarrollaba en “otra escena”, en la fantasía inconsciente o fantasma.

De allí, la fantasía de seducción, con una estructura análoga a los sueños y los síntomas en tanto su compromiso con la realización de un deseo.

Volviendo al caso analizado por Kris, ese acting out de comer “sesos frescos” es leído como expresión del deseo del sujeto paciente de tener una idea original, fresca. (Y puede entenderse que eso atañe también al analista en tanto figura de la resistencia del sujeto paciente a su interpretación, pues la significación nunca es cerrada, y el significante significa muchos significados, tantos que, como dije anteriormente, el autor llega a postular que “el significante en cuanto tal no significa nada”). Significa en oposición a otros significantes en la cadena, pero su significado nunca es acabado y definitivo, pues es la puntuación que quien escucha emplee la que dé una

significación, la cual nunca es definitiva, pues será modificada por una puntuación posterior.

Con este fragmento de análisis Lacan ilustra cómo el deseo inconciente se ofrece como dato en la superficie del discurso, disponible para ser registrado. “Limitémonos a observar que al leer los comentarios clásicos sobre la interpretación, se lamenta siempre el ver cuán poco provecho se sabe sacar de los datos mismos que se proponen.” (Lacan, 1958)

En el caso analizado por Ernst Kris, el paciente, “se trata de un sujeto inhibido en su vida intelectual y especialmente inepto para llegar a alguna publicación de sus investigaciones, esto en razón de un impulso a plagiar del cual parece no poder ser dueño. Tal es el drama subjetivo.” (Lacan, 1958)

Entonces Kris propone una interpretación:

Kris muy loablemente no se contenta con los decires del paciente. Y cuando éste pretende haber tomado a pesar suyo las ideas de un trabajo que acaba de terminar en una obra que, vuelta a su memoria, le permitió cotejarlo a posteriori, va a las piezas probatorias y descubre que nada hay allí aparentemente que rebase lo que implica la comunidad del campo de las investigaciones. En suma, habiéndose asegurado de que su paciente no es plaguario cuando cree serlo, pretende demostrarle que quiere serlo para

impedirle a sí mismo serlo de veras, lo que llaman analizar la defensa antes de la pulsión, que aquí se manifiesta en la atracción hacia las ideas de los otros. (Lacan, 1958)

Pero allí acota Lacan

No es que su paciente no robe lo que importa aquí es que no... Quitemos el "no": es que roba nada. Y eso es lo que habría que haberle hecho entender. Muy a la inversa de lo que usted cree (dirigiéndose a Kris), no es su defensa contra la idea de robar lo que le hace creer que roba. Es de que pueda tener una idea propia, de lo que no tiene ni la menor idea, o apenas. (Lacan, 1958)

En esta presentación Lacan ilustra el contraste entre interpretar en función de la realidad, analizando las defensas, operación adjudicada al Yo, tal la modalidad con que opera el analista E. Kris, por un lado; y el tomar los dichos literales del sujeto como datos con los o por los que nos habla el sujeto del deseo inconsciente del paciente.

Esta situación de sujeto que no es escuchado, registrado recuerda los relatos de análisis de M. Little como paciente, referidos en el apartado Motivos y Antecedentes de esta tesis. Estos relatos ilustran también sobre

cierta resistencia a la interpretación que es reivindicada como favorable al progreso del análisis.

Vemos aquí la diferencia entre analizar la defensa, propia del yo, modo de operar de Kris, y el análisis que toma en cuenta las verdades enunciadas por el sujeto del inconsciente, que nos muestran la estructura de su deseo. La diferencia entre a quien se escucha y se registra como sujeto.

De esto último se desprende que ese no poder tener una idea propia remite al “tener”, a tener idea de “tener”, autorización para “tener” y Lacan lo piensa estructuralmente en función del gran ordenador de las estructuras subjetivas de las personas: el Complejo de Edipo.

El atravesamiento del Complejo de Edipo, es entendido en tres momentos por Lacan. En el primer momento de dicho triángulo de posiciones subjetivas, el niño es el objeto del Deseo de la Madre, un objeto que la completa ilusoriamente, es su falo imaginario. Especie de compensación ilusoria, imaginaria, en función de los avatares sufridos por las mujeres en su desarrollo subjetivo temprano. O sea su relación con la representación del pene y el complejo de castración. Esto entendido en función de los caminos de la sexualidad femenina estudiados por Freud en su artículo “Sobre la sexualidad femenina” de 1931.

A su vez, el niño “es”, en este primer momento, el falo de su madre. Se identifica con esa imagen. La función de la posición del padre en esta estructura simbólica es la de privar a la madre de este goce y la de castrar al niño de querer ser el objeto de ese goce de la madre.

Este corte lo habilita a la posibilidad de “tener” el falo, ahora simbólico, que representa un título, un crédito, una licencia, una habilitación para el goce en el marco de la ley representada por el lugar del padre. Ser un sujeto que puede “tener”, y no quedar detenido, capturado en el “ser” el falo imaginario, pues completa la imagen castrada, fragmentada, que la madre tiene de sí, un objeto de goce de la madre, que no lo reconoce como sujeto, sujeto capaz de desear.

El falo, que es la representación del pene en el registro simbólico e imaginario, por su valor ordenador en esta estructura simbólica, estructura de relaciones inter e intrasubjetivas, constituye para Lacan una cuarta posición que se suma y completa la intelección del funcionamiento del triángulo edípico en cada momento.

(...) el significante impar: ese falo cuya recepción y cuyo don son para el neurótico igualmente imposibles, ya sea que sepa que el otro no lo tiene o bien que lo tiene, porque en los dos casos su deseo está en otra parte: es el de serlo, y es preciso que el hombre, masculino o femenino, acepte tenerlo y no tenerlo, a partir del descubrimiento de que no lo es. (Lacan, 1958)

Esta es la estructura del sujeto y su deseo desde la que Lacan piensa el padecimiento del paciente plagario al que aludíamos, de no poder hacerse a la idea de “tener” una idea propia, de no sentir tener un título habilitante para “tener” lo suyo, algo en relación a su deseo, a su habilitación para desear.

La modalidad de análisis que considera la estructura del deseo, ordena y permite pensar los fenómenos observados en la clínica en función de fórmulas, esquemas, que dan cuenta de una estructura simbólica que subyace y determina. Una “combinatoria general” como expresa el autor:

No se necesita solamente el plano de un laberinto reconstruido, ni siquiera un lote de planos ya levantados. Se necesita ante todo poseer la combinatoria general que preside su variedad sin duda, pero que más útilmente aún, nos da cuenta de los trampantojos, mejor aún, de los cambios a ojos vista del laberinto. Porque unos y otros no faltan en esta neurosis obsesiva, arquitectura de contrastes todavía no bastante observados, y que no basta con atribuir a ciertas formas de fachada. (Lacan, 1958)

En otro caso Lacan presenta a un sujeto que sufre de impotencia y que propone a su pareja tener relaciones sexuales con otro “a ver qué pasa”.

Ahora bien, si ella permanece en el lugar donde la ha instalado la neurosis y si el análisis la alcanza allí, es por la concordancia que ha realizado desde hace mucho tiempo sin duda con los deseos del paciente, pero más aún con los postulados inconscientes que mantienen. Por eso no nos asombraremos de que ni corta ni perezosa, o sea la noche misma, sueñe éste sueño, que recién horneado le trae a nuestro alicaído. Ella tiene un falo (...). Nuestro paciente al oír tal recupera ipso facto sus capacidades y lo demuestra brillantemente a su comadre. ¿Qué interpretación se indica aquí? (...) Cambiaríamos nuestra conducta si le hiciésemos leer en él esta verdad, menos propagada por estar en la historia, de nuestra aportación: que el rechazo de la castración, si hay algo que se le parezca, es en primer lugar rechazo de la castración del Otro (de la madre primeramente). (Lacan, 1958)

A esta combinatoria que subyace a los actos psíquicos se refiere el autor. Combinatoria es una lógica común a todas las combinaciones posibles. Entendamos esto en relación a los tres tiempos del Complejo de Edipo, para pensar en qué lógica se debate el sujeto. Esa incapacidad de acceder a ser

sujeto deseante por estar retenido en ser el falo imaginario de la madre. La castración es lo que posibilita el dejar de ser ese objeto del deseo de la madre, para ser sujeto con deseo propio, y es de esto, postula Lacan, de lo que el neurótico no quiere saber. Agrego: no quiere saber que sabe. El sujeto neurótico con su modo particular de gozar que es su síntoma.

Pensaríamos en falencias en el asumir el sujeto la castración, fallas en la ley que ordena ese triangulo, la ley del padre.

Hablamos del lugar simbólico, del Nombre del Padre, no de la persona del padre, del padre real. Lugar simbólico que opera en la madre, en la realidad subjetiva del triangulo edípico. El análisis opera en el plano simbólico y apunta a modificar la posición subjetiva del sujeto paciente. Eso tendrá efectos en los otros dos órdenes, pero se opera desde el orden simbólico, en el plano de la palabra.

Desde este modelo, sería un error dirigir un análisis teniendo en cuenta lo real, ignorando, no registrando las sobredeterminaciones inconcientes, como el siguiente ejemplo: “¿No habría debido hablar más bien del padre?, se pregunta. Y se apresura a justificarse por no haberlo hecho alegando la carencia del padre real en la historia del paciente.”(Lacan, 1958)

Mas arriba, al iniciar la exposición del caso del paciente plaguario, comenté las circunstancias del origen del concepto de fantasma en el Psicoanálisis de Freud. Veamos como opera Lacan con este concepto:

(...) quiere decir que el lenguaje le permite considerarse como el tramoyista, o incluso como el

director de escena de toda la captura imaginaria de la cual en caso contrario él no sería sino un títere vivo. La fantasía es la ilustración misma de esa posibilidad original. Por eso toda tentación de reducirla a la imaginación, a falta de confesar su fracaso, es un contrasentido permanente (...). Sin embargo, una vez definida como imagen puesta en función en la estructura significante, la noción de fantasía inconsciente no ofrece dificultad. Digamos que la fantasía, en su uso fundamental, es aquello por lo cual el sujeto se sostiene al nivel de su deseo evanescente, evanescente en la medida en que la satisfacción misma de la demanda le hurta su objeto. (Lacan, 1958)

Fantasma designa una escena que se presenta a la imaginación y que dramatiza un deseo inconsciente. Tramoyista es la persona encargada de los cambios de decorado y los efectos especiales durante una representación teatral. Habla de una posibilidad ante una captura imaginaria. Entendemos captura imaginaria en el sentido de una alienación, y posibilidad en el sentido de un recuperar, el sujeto, algo de su ser, su desear, su verdad.

En la cita siguiente se explica esto. Cómo el fantasma, aunque aquí el autor use la palabra fantasía, se estructura en función de la estructura de

deseo del sujeto, su posición subjetiva en el atravesamiento del Complejo de Edipo.

Es pues la posición del neurótico con respecto al deseo, digamos para abreviar la fantasía, la que viene a marcar con su presencia la respuesta del sujeto a la demanda, dicho de otra manera la significación de su necesidad. Pero esta fantasía no tiene nada que ver con la significación en la cual interfiere. Esta significación en efecto proviene del Otro en la medida en que de él depende que la demanda sea colmada. Pero la fantasía solo llega allí por encontrarse en el camino de retorno de un circuito más amplio, el que llevando la demanda hasta los límites del ser hace interrogarse al sujeto sobre la falta en la que se aparece a sí mismo como deseo. (Lacan, 1958)

Respuesta del sujeto ante la dependencia, ante la omnipotencia del Otro. En una cita del mismo autor, del escrito "Subversión del sujeto...", que veremos en el Objetivo 2, se habla del desasimiento que ofrece el deseo para el sujeto. Esto está en relación con el descubrimiento de una falta, que rompe con la omnipotencia del Otro. Esto en relación con verse objeto del deseo del

Otro, la madre. Lacan habla de una pregunta que surge en esa dialéctica: ¿que quiere el Otro de mí? Pregunta que evidencia que el Otro tiene un deseo, por ende, que le falta algo, ya no es más omnipotente y completo. Esta es la puerta por donde el sujeto accede a la posibilidad de dejar de ser su objeto.

Lacan también entiende al fantasma como una escena detenida, y habla del atravesamiento del fantasma como otra coordenada en la dirección de la cura. Escena detenida en relación a una frustración patógena: “Así el analista es aquel que apoya la demanda, no como suele decirse para frustrar al sujeto, sino para que reaparezcan los significantes en que su frustración está retenida.” (Lacan, 1958)

Aclarar que el móvil de esta operación no es frustrar al sujeto concierne a la cuestión de la comprensión que Lacan critica a los analistas. Esta comprensión que, fundada en buenas intenciones, obstaculizaría el desarrollo de la cura. Frena con una significación el movimiento dialéctico de desarrollos de verdad sobre el deseo inconsciente del sujeto. Esa significación es equivalente a la demanda del Otro redactada según el capricho del Otro. Y es la pregunta la que rompe esa captura para el sujeto y hacia donde se dirige el análisis.

En relación a las consecuencias iatrogénicas de considerar la relación analítica como una relación dual, propia del orden imaginario, de Yo a Yo, que, como veníamos viendo, rechaza Lacan:

(...)podemos testimoniar que semejante técnica, donde el talento es innegable, resultó provocar en un caso clínico de pura obsesión en un hombre la irrupción de un enamoramiento no menos desenfrenado por ser platónico, y que no se mostró menos irreductible por haberse realizado sobre el primer objeto del mismo sexo que quedaba a mano. Hablar de perversión transitoria puede satisfacer aquí a un optimista activo, pero a costa de reconocer, en esa restauración atípica del tercero de la relación demasiado descuidado, que no conviene tirar con demasiada fuerza del resorte de la proximidad en la relación con el objeto. (Lacan, 1958)

Esto es que la relación analítica quede empantanada en una relación imaginaria. Al tratar el tema de la transferencia, Lacan lo prevé así:

Si la transferencia recibe su virtud del hecho de ser devuelta a la realidad de la que el analista es el representante, y si se trata de hacer madurar el objeto en el invernadero de una situación confinada, no le queda ya al analizado sino un

objeto, si se nos permite la exposición, que llevarse a la boca, y es el analista. (Lacan, 1958)

En contraste, la propuesta de este modo de análisis en cuanto a la posición que le corresponde al analista:

Pues si el amor es dar lo que no se tiene, es bien cierto que el sujeto puede esperar que se le dé, puesto que el psicoanalista no tiene otra cosa que darle. Pero incluso esa nada, no se la da, y más vale así: y por eso esa nada se la pagan, y preferiblemente de manera generosa, para mostrar bien que de otra manera no tendría mucho valor. (Lacan, 1958)

Y es que ese Otro que se supone pleno, completo, todopoderoso, omnisciente y capaz de satisfacer la demanda, no es tal. A él también le falta algo. También no está completo, ni pleno, y asumir eso es otra coordenada en el rumbo de la dirección de la cura de este modelo. Saber que el Otro esta castrado.

Abro aquí un paréntesis para expresar un interrogante. Es el de cómo operaría ese “pago” por esa “nada” que no se da ante la demanda del sujeto paciente cuando se trata de un dispositivo público y gratuito. Tema que dejaré abierto y pendiente.

Volviendo a pensar la interpretación, Lacan lo aborda con la pregunta “cuál es el lugar de la interpretación”:

Se siente que es la naturaleza de una transmutación en el sujeto lo que aquí se escabulle, y tanto más dolorosamente para el pensamiento cuanto que le escapa desde el momento mismo en que pasa a los hechos. Ningún índice basta, en efecto, para mostrar dónde actúa la interpretación si no se admite radicalmente un concepto de la función del significante, que capte dónde el sujeto se subordina a él, hasta el punto de ser sobornado por él. (Lacan, 1958)

Nuevamente recorro a la dicotomía entre comprender y pensar. Nuestro modelo de referencia valora la interpretación como un medio para relanzar los desarrollos de verdades del sujeto antes que la imposición de una lectura de los decires del paciente. En tal sentido entiendo ese “dolorosamente para el pensamiento” como aquello que el analista debe transitar y no cerrar con una lapidaria comprensión que lo ampare de la incertidumbre. Doloroso reconocimiento de la fragmentación fundante del humano.

OBJETIVO 2

En su escrito “Intervención sobre la transferencia” del año ‘51, Lacan muestra cómo el movimiento dialéctico se da en el progreso de un análisis. Lo hace a través del análisis de un caso de Freud: El caso Dora.

(...) la verdad. Es éste en efecto el nombre de ese movimiento ideal que el discurso introduce en la realidad. En una palabra, el psicoanálisis es una experiencia dialéctica, y esta noción debe prevalecer cuando se plantea la cuestión de la naturaleza de la transferencia. (Lacan, 1951)

Una verdad del sujeto paciente que es interpretada en función de que el analista registre los significantes que en ella se combinan, su texto. La interpretación produce un efecto. Lacan, en la exposición del caso Dora, expone cada intervención de Freud como una inversión dialéctica que cuestiona la verdad del sujeto paciente, y así relanza la transferencia hacia una nueva verdad sobre el deseo inconsciente. Entiendo que se propone pensar la transferencia como co-variando con ese movimiento dialéctico de verdades del sujeto paciente e interpretaciones del analista.

Es notable que nadie hasta ahora haya subrayado que el caso de Dora es expuesto por

Freud bajo la forma de una serie de inversiones dialécticas. No se trata de un artificio de ordenamiento para un material acerca del cual Freud formula aquí de manera decisiva que su aparición queda abandonada al capricho del paciente. Se trata de una escansión de las estructuras en que se transmita para el sujeto la verdad, y que no tocan solamente a su comprensión de las cosas, sino a su posición misma en cuanto sujeto del que los "objetos" son función. Es decir que el concepto de la exposición es idéntico al progreso del sujeto, o sea a la realidad de la curación. (Lacan, 1951)

Escansión, puntuación, métrica literaria mediante la que interviene el analista haciendo cortes en la linealidad del discurso con un fin: alterar el sentido, provocar un sinsentido que habilite un lugar para un nuevo sentido, una nueva verdad, un significante más puro, dice Lacan, en su función de representar al sujeto.

Esto es otra forma de entender aquello que citábamos en el Objetivo 1, a saber: “La interpretación, para descifrar la diacronía de las repeticiones inconscientes, debe introducir en la sincronía de los significantes que allí se componen algo que bruscamente haga posible su traducción, precisamente lo que permite la función del Otro...”

Esto de que esa escansión no toca solo a la comprensión, sino a la posición del sujeto nos remite a la parte del escrito “La dirección de la cura...” donde Lacan habla de los efectos de una interpretación y de cómo se le escapan a los analistas que no operen con el concepto de significante, de estructura, y de movimiento dialéctico de la verdad, herramientas que proveen al analista de unas coordenadas sobre la posición del sujeto paciente. Herramientas para una dirección de la cura: la de variar la posición subjetiva, el lugar que el sujeto paciente habita en la estructura simbólica.

Lacan dice que el surgimiento de esa nueva verdad “no toca(n) solamente a su comprensión de las cosas, sino a su posición misma en cuanto sujeto del que los objetos son función”. Acá el concepto de función está usado en el sentido matemático, el de las ecuaciones. Por ejemplo $y=2x$. Al termino “y” también se lo representa como $f(x)$, que se lee: f de x, o sea función de x. Esto significa que depende del valor de x, varía en función de sus variaciones. Entonces un cambio en la posición del sujeto, de x, hace variar a sus objetos.

Por eso una nueva verdad nos da la posición de Dora en relación a la Sra K, que lejos de ser la esperable rival, se presenta como objeto de su deseo. La posición de Dora en esa estructura nos da las coordenadas del lugar donde Dora está, detenida en su historia.

A la tercera inversión dialéctica, la que nos daría el valor real del objeto que es la señora K para Dora. Es decir no un individuo, sino un

misterio, el misterio de su propia femineidad,
queremos decir de su femineidad corporal (...)
(Lacan, 1951)

Misterio, cosa no sabida, que inquieta, que es menester saber: “que es ser una mujer”. Esta pregunta nos da coordenadas para ubicar al sujeto en la tramitación del complejo de Edipo.

Por otra parte, en el Objetivo 1, habíamos visto que Lacan, reconociendo en la transferencia dos facetas: una que tenía que ver con una resistencia al progreso del análisis y otra que aportaba a la intelección de la posición subjetiva del sujeto paciente y era un lugar donde intervenir el analista. Recordemos que ubicó a la primera faceta en el registro de lo imaginario, del amor y el odio al analista, y a la segunda en el de lo simbólico desde donde se piensa el análisis y se interviene. El análisis como movimiento dialéctico de verdades.

Dicho de otra manera, la transferencia no es nada real en el sujeto, sino la aparición, en un momento de estancamiento de la dialéctica analítica, de los modos permanentes según los cuales constituye sus objetos. ¿Qué es entonces interpretar la transferencia? No otra cosa que llenar con un engaño el vacío de ese punto

muerto. Pero este engaño es útil, pues aunque falaz, vuelve a lanzar el proceso. (Lacan, 1951)

Entiendo ese momento de estancamiento como lo imaginario, la ilusión de un significado cerrado, una certeza ilusoria, lo propio del Yo y sus identificaciones, no del sujeto del inconciente.

Decía en el Objetivo 1 acerca de este modo de análisis en cuanto a no tomar como único criterio de eficacia la eliminación de síntomas, sino considerar a estos como un texto a ser leído, que remite a una estructura en la cual pensar la posición del sujeto paciente.

Al mismo tiempo, la relación edípica se revela constituida en Dora por una identificación al padre, que ha favorecido la impotencia sexual de éste, experimentada además por Dora como idéntica a la prevalencia de su posición de fortuna: esto traicionado por la alusión inconsciente que le permite la semántica de la palabra fortuna en alemán: Vermögen. Esta identificación se transpara en efecto en todos los síntomas de conversión presentados por Dora, y su descubrimiento inicia el levantamiento de muchos de éstos. (Lacan, 1951)

La palabra Vermögen significa “fortuna” y también “ser capaz”. Hay un texto que se transparenta en el síntoma, una verdad del sujeto que se perdería si solo se intentara eliminar el síntoma.

La resistencia es la resistencia del analista, postula Lacan, y una fuente de la misma son los prejuicios, que obstaculizan la escucha de Freud aquí:

Pero cada vez que vuelve a invocar esa explicación, que tomará el desarrollo que todos saben en la doctrina, una nota a pie de página viene a añadir un recurso a su insuficiente apreciación del nexo homosexual que unía a Dora con la señora K. (...) Freud confiesa que durante mucho tiempo no pudo encontrarse con esa tendencia homosexual (...) sin caer en un desaliento, que le hacía incapaz de actuar sobre este punto de manera satisfactoria. Esto proviene, diremos nosotros, de un prejuicio (...). (Lacan, 1958)

Un prejuicio que obstaculiza el registro de significantes claves según el análisis que Lacan hace del caso Dora.

El autor reivindica la resistencia del sujeto paciente a someterse al gran Otro encarnado por el analista, a las interpretaciones que este ofrece de sus deseos.

La sesión en que cree haberla reducido a "no contradecirlo ya" y al final de la cual cree poder expresarle su satisfacción, Dora la concluye en un tono bien diferente. "No veo que haya salido a luz nada de particular", dice, y es al principio de la próxima cuando se despedirá de él. (Lacan, 1951)

En relación a los sentimientos del analista y esa actitud recomendada por Lacan, - metaforizada por el lugar del "muerto" en el juego de cartas llamado bridge, argumentando que incluir los sentimientos del analista como variable nos ubica en una posición dual que lo desautorizaría como Otro, como lugar de Supuesto Saber para el sujeto paciente - , veamos cómo esto opera en el modo en que Freud registra los decires de Dora. Esto aporta a ilustrar sobre las resistencias del analista:

Freud tiene hacia el señor K. una simpatía que viene de lejos, puesto que fue él quien le trajo al padre de Dora, y que se expresa en numerosas apreciaciones. Después del fracaso del tratamiento, se empeña en seguir soñando con una "victoria del amor" (...) Freud en razón de su contratransferencia vuelve demasiado constantemente sobre el amor que el señor K... inspiraría a Dora, y es singular ver cómo interpreta siempre en

el sentido de la confesión las respuestas sin embargo muy variadas que le opone Dora.
(Lacan, 1951)

Decíamos de ese lugar de Supuesto Saber desde donde poder intervenir y producir efectos. Saber que el sujeto paciente supone que el analista posee, pero que esta en su propio inconciente y estructurado como un lenguaje. “Es por haberse puesto un poco excesivamente en el lugar del señor K... por lo que Freud esta vez no logró conmover al Aqueronte.”
(Lacan, 1951)

La negación con que Dora habría acogido la observación por parte de Freud de que ella le imputaba las mismas intenciones que había manifestado el señor K., no hubiese cambiado nada al alcance de sus efectos. La oposición misma que habría engendrado habría orientado probablemente a Dora, a pesar de Freud, en la dirección favorable: la que le habría hecho conocer al objeto de su interés real. (Lacan, 1951)

Ese objeto de su interés era la señora K, por lo que tenía de significativo de los misterios de la femineidad, nudo donde ella estaba detenida en su historia, su guión. Ilustra esta cita aquello de que el sujeto sabe, pero no

sabe que sabe. También acerca de considerar la transferencia como parámetro para el analista de la dirección en la que está interpretando, los estancamientos en el movimiento de la transferencia, aquello que vimos que pertenecía al orden de lo imaginario.

Ese saber del sujeto es sobre el deseo. Tomando intelecciones de Lacan en su escrito "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", este atribuye al deseo una función de desasimiento respecto de la demanda, que es redactada por el Otro, es decir, la demanda del Otro.

Pero nos detenemos aquí también para regresar al estatuto del deseo que se presenta como autónomo con relación a esa mediación de la ley, por la razón de que es por el deseo por el que se origina, en el hecho de que por una simetría singular, invierte lo incondicional de la demanda de amor, donde el sujeto permanece en la sujeción del Otro, para llevarlo a la potencia de la condición absoluta (donde lo absoluto quiere decir también desasimiento). (Lacan, 1960)

Por definición absoluto es aquello que no está sujeto a nada. El desasimiento que permite el deseo sobre la sujeción al Otro omnipotente. Atravesar esa dependencia inhabilitante al "capricho" del Otro. Intento ver la relación con aquello de que el lenguaje permite al sujeto ser el tramoyista o

director de escena del fantasma del cual sino sería un títere vivo. Ser el tramoyista es a lo que habilita el desear. Es el efecto de lo simbólico sobre lo imaginario. Lo simbólico que precede lógicamente a lo imaginario, según lo ilustra Lacan en su recurso a Hegel, puntualmente a la dialéctica del amo y el esclavo.

Pues a fin de cuentas es preciso que el vencido no perezca para que se convierta en esclavo. Dicho de otra manera, el pacto es siempre previo a la violencia antes de perpetuarla, y lo que llamamos lo simbólico domina lo imaginario, (Lacan, 1958)

Pensando en ubicar al sujeto.

Pues aquí se ve que la nesciencia, en que queda el hombre respecto de su deseo es menos nesciencia de lo que pide [demande], que puede después de todo cernirse, que nesciencia de dónde desea. (Lacan, 1960)

Nesciencia es una especie de ignorancia. Nótese que habla de dónde y no de quién desea. Dónde remite a un lugar. Recordemos la aclaración de que Otro es un lugar más que una persona. Esto combinado con el hecho de

que sujeto, palabra tomada del francés, idioma en que significa asunto, tema, más que persona. Entonces cuando decimos sujeto del deseo, podemos pensarlo como el asunto del deseo. Recordemos también aquella definición de estructura citada en el Objetivo 1: “lo que determina al sujeto no es alguna supuesta esencia, sino simplemente su posición con respecto a los otros sujetos y a los otros significantes.” Me viene al pensamiento aquella conclusión de Heidegger: “somos poema antes que poetas”.

Esta lógica es desestructurante para las categorías de nuestro pensar, pero alivia y alienta la tarea aquello de que “A menudo vale más no comprender para pensar, y se pueden galopar leguas y leguas de comprensión sin que resulte de ella el menor pensamiento.” (Lacan. 1958)

Reflexionar sobre esto lleva a cuestionar aquella herencia cartesiana de la que reniega Lacan: “Pienso, luego existo” en el sentido de acotar al sujeto a su pensar consciente, y desde allí ubicar al sujeto en el Yo coherente, autónomo.

Entonces... ¿de qué sujeto estamos hablando? Recordemos que es desde esta noción de sujeto que se reivindica un respeto, una dignidad, una ética, para que no se reduzca a un rótulo, un cuadro clínico, un diagnóstico, un pronóstico, ni se someta a una interpretación. Para que sorprenda con sus producciones.

¿Quién habla? cuando se trata del sujeto del inconsciente. Pues esta respuesta no podría venir de él, si él no sabe lo que dice, ni siquiera que

habla, como la experiencia del análisis entera nos lo enseña. Por lo cual el lugar del inter-dicto, que es lo intra-dicho de un entre-dos-sujetos, es el mismo donde se divide la transparencia del sujeto clásico para pasar a los efectos de fading que especifican al sujeto freudiano con su ocultación por un significante cada vez más puro (...) .
(Lacan, 1960)

Lacan resalta las posibilidades de significación de la palabra interdicto, que en lingüística alude a la prohibición de decir una palabra que en una cultura aluda a algo desagradable o temido: el tabú del incesto por ejemplo. Lo interdicto que funda la alienación del sujeto, central en esta lógica.

Lacan resalta del psicoanálisis de Freud un interdicto más puro, más potente que el tabú del incesto en el sentido de no querer nadie saber nada de esa palabra, de ser la más interdicta: la castración.

Pero lo que no es un mito, y lo que Freud formuló sin embargo tan pronto como el Edipo, es el complejo de castración. Encontramos en este complejo el resorte mayor de la subversión misma que intentamos articular aquí con su dialéctica. Pues, propiamente desconocido hasta Freud, que lo introdujo en la formación del deseo, el complejo

de castración no puede ya ser ignorado por ningún pensamiento sobre el sujeto. Sin duda alguna hay aquí lo que se llama un hueso. Por ser justamente lo que adelantamos aquí: estructural del sujeto, constituye esencialmente ese margen que todo pensamiento ha evitado, saltado, rodeado o taponado a la vez que logra aparentemente sostenerse con un círculo: ya sea dialéctico o matemático. (Lacan, 1960)

Es la castración el ordenador fundamental de la estructura del sujeto para el modelo de análisis fundamentado aquí.

¿Quién no ve la distancia que separa la desgracia de la conciencia de la cual, por muy poderoso que sea su burilamiento en Hegel, puede decirse que sigue siendo suspensión de un saber, del malestar de la civilización en Freud, aun cuando sólo sea en el soplo de una frase como desautorizada donde nos señala lo que, leyéndolo, no puede articularse sino como la relación oblicua que separa al sujeto del sexo? (Lacan, 1960)

Relación oblicua, que se aparta de la horizontal geoméricamente hablando, relación oblicua entre el sujeto y el sexo. Pensemos esto: el autor postula que el deseo no es propio, es del Otro.

Que el deseo sea el deseo del Otro admite dos sentidos. El determinante “de” en sentido objetivo se traduce en que se desea el deseo del Otro, cuestión que propone Hegel según Kojève. Refiere a la dialéctica del amo y el esclavo y al prestigio y reconocimiento del otro como motivo de la lucha. Entonces el deseo se reduce a ser deseado, reconocido por el otro.

Pero en sentido subjetivo, el determinante “de” ubica al Otro como titular del deseo, lo cual es menos simple de entender, en virtud de que, habiendo entendido que la demanda es la demanda del Otro, donde el sujeto se encuentra capturado, sometido como objeto, el deseo se presentaba como la posibilidad de desasimiento de esa captura imaginaria.

Para ilustrar el deseo como deseo del Otro en el último sentido expuesto, que es el que toma Lacan, volvamos a un caso expuesto ya en el Objetivo 1: Aquel en que el sujeto, que sufría de impotencia, propone a su amante tener relaciones con otro “*para ver qué pasa*”: “Por eso no nos asombraremos de que ni corta ni perezosa, o sea la noche misma, sueñe éste sueño, que recién horneado le trae a nuestro alicaído. Ella tiene un falo (...).” (Lacan, 1958)

Ahora bien, ¿qué deseo realiza el sueño de la mujer?

Ya se habrá adivinado por la demanda que nuestro paciente hizo a su amante que nos solicita

desde hace tiempo que validemos su homosexualidad reprimida. Efecto muy pronto previsto por Freud de su descubrimiento del inconsciente: entre las demandas regresivas, una se abreviará de fábulas en las verdades propagadas por el análisis.
(Lacan, 1958)

Y entonces interpreta Lacan este sueño como la realización del deseo del Otro, posición que ocupa el sujeto para la soñante en cuestión.

Aquí la ocasión es única para mostrar la figura que enunciamos en estos términos: que el deseo inconsciente es el deseo del Otro, puesto que el sueño está hecho para satisfacer el deseo del paciente más allá de su demanda, como lo sugiere el hecho de que lo logre. (Lacan, 1958)

Lo logra pues el sueño produce un efecto excitante en el paciente.
¿Pero por qué el deseo es el deseo del Otro, el deseo que desea el Otro?

(...)hay que concluir que, hecho de un animal presa del lenguaje, el deseo del hombre es el deseo del Otro. Esto apunta a una función muy diferente de la de la identificación primaria evocada

más arriba, pues no se trata de la asunción por el sujeto de las insignias del Otro, sino de esa condición que tiene el sujeto de encontrar la estructura constituyente de su deseo en la misma hiancia abierta por el efecto de los significantes en aquellos que para él vienen a representar al Otro, en cuanto que su demanda está sujeta a ellos.
(Lacan, 1958)

Vale decir, no entendido como capturado por el deseo del Otro, sino en función de una falta común al Otro, estructural. Falta que al registrar, lo descaptura. Al anoticiarse el sujeto acerca del deseo del Otro, ese Otro pierde su lugar de omnipotencia, paso necesario para que el sujeto pueda acceder a desear. ¿Como opera esto en la práctica clínica?

La falta de que se trata es ciertamente lo que hemos formulado ya: que no hay un Otro del Otro. Pero este rasgo de la No-Fe de la verdad, ¿es en efecto la última palabra válida para dar a la pregunta: qué me quiere el Otro, su respuesta, cuando nosotros, analistas, somos su portavoz? Seguro que no, y justamente en la medida en que nuestro oficio no tiene nada de doctrinal. No tenemos que responder de ninguna verdad última,

especialmente ni pro ni contra ninguna religión.

(Lacan, 1960)

Esto define una dirección de la cura. Esta especie de desamparo al que el análisis conduce, me recuerda un fragmento de una canción de Silvio Rodríguez: “La angustia es el precio de ser uno mismo”.

Por eso la cuestión de el Otro que regresa al sujeto desde el lugar de donde espera un oráculo, bajo la etiqueta de un Che vuoi? ¿qué quieres?, es la que conduce mejor al camino de su propio deseo si se pone a reanudar, gracias al savoir-faire de un compañero llamado psicoanalista, aunque fuese sin saberlo bien, en el sentido de un: ¿Qué me quiere? (Lacan, 1960)

OBJETIVO 3

ALGUNAS COORDENADAS EN EL RUMBO DE LA CURA PARA ESTE MODO DE ANÁLISIS

Que el sujeto paciente articule su deseo en palabras.

En palabras que permitan el registro al analista y al paciente. La palabra que sorprende, el texto que el síntoma transparenta, y en ese registrarla adviene una nueva verdad sobre el deseo del sujeto.

Que su relato sea sin baches.

Un bache en el relato, “un agujero en el saber”, según el psicoanalista Harari. Un bache, un olvido, es significativo, está sobredeterminado por contenidos inconscientes. En el apartado “Motivos y Antecedentes”, veíamos que la dialéctica es “un procedimiento discursivo en el cual se interroga al oponente en un debate de un modo tal que se sacan a la luz contradicciones en su discurso” y que “Lacan lo compara con la primera etapa de la cura psicoanalítica, en la que el analista fuerza al analizante a enfrentar las contradicciones y lagunas de su relato.”

Articular los significantes de aquella demanda para la que hay prescripción.

Pues si hablamos de fijación, hablamos de un momento en el que se detiene algo, y que es esperable que siga su curso en el tiempo. Una

frustración patógena en la historia del sujeto paciente es el territorio, especie de coordenadas geograficas donde ubicar a ese sujeto allí capturado.

Donde goce era, sujeto deseante o del deseo debe advenir.

Entendiendo por goce el más allá del principio del placer, tendencia que lleva a la descarga total del organismo hacia lo inerte, la muerte. Donde el placer se hace dolor, y no se puede parar. Es lo que sostiene al síntoma, ese “modo particular de goce del sujeto”. Este modelo de análisis entiende que donde hay un goce, hubo un corte que falló. Esto estructurado desde la infancia así: Goce que en los tiempos del Edipo, está representado por la objetivación del niño por la madre en tanto sustituto de algo que a la madre le falta en su cuerpo y es del orden sexual. Entonces la castración produce un corte: la ley en la estructura del parentesco. Marco que ordena, que autoriza un goce posible, autoriza a desearlo.

Escandir el enunciado del discurso para provocar el sinsentido.

En el relato del sujeto paciente hay datos, significantes que representan al sujeto del inconciente. Palabras, frases, sintaxis, letras, erratas, entonaciones, gestos. La herramienta con que cuenta el analista para posibilitar su registro es puntuar la diacronía del discurso, establecer una métrica, de manera de provocar una alteración al sentido que conciente mente se pretende dar, y posibilite un registro de otro u otros sentidos posibles.

Renunciar a toda intención de curar.

En el sentido de que la eliminación de los síntomas será una consecuencia lógica del análisis, pero no un objetivo en toda intervención del analista. La valoración del síntoma como dato, por el texto que transparenta, es algo demasiado valioso para el advenimiento del sujeto como para solo querer extirparlo, amén de que según las intelecciones que aporta el psicoanálisis, sería podar un brote para que crezca otro u otros.

Invitado a diversas presentaciones de casos en el marco del Ateneo organizado por el Grupo de Investigación “Psicopatología y Clínica”, logré acopiar material para intentar leer dichas presentaciones desde los conceptos de este modo de análisis, expuestos en los Objetivos 1 y 2.

Lo que sigue es una presentación de caso de la Lic. G. Coronel, y el relato corresponde a un proceso que se extendió por 10 sesiones. El paciente es J, hombre de 32 años.

J no recordaba cosas y parecía haber cierta desorientación con el tiempo, su manera de hablar era difícil de entender, así como su discurso era por momentos confuso, hablaba poco y con frases cortas. Había un gesto que se repetía, la sonrisa, que en ocasiones indicaba timidez y en otros momentos quedaba desconectada de lo que

hablaba. En sus cortos relatos, su historia estaba desordenada.(Coronel, 2011)

Esta última apreciación pone en evidencia un tratamiento literario del material escuchado por la analista: hay desorden en el relato, la historia no tiene un hilo.

Pero vayamos a una frase que surge como respuesta al motivo de la consulta: “En Tucumán trabajé como lavacoche, y agrega; allá me conocen bien”.(Coronel, 2011) Lacan en su seminario del 1964 dice:”En cuanto el sujeto que se supone que sabe existe en algún lado, hay transferencia.” (Evans, 1996).

Esto en relación al concepto de Sujeto Supuesto Saber, un lugar en la estructura con que opera este modelo, lugar de un saber supuesto por el sujeto paciente, aquel, que como postula el autor, “sabe pero no sabe que sabe” y que en la relación analítica adjudicaría ese saber al analista. Por esto considero ese “allá me conocen bien” resaltado con negrita en la presentación escrita por la profesional como una frase de valor para este modelo de análisis.

Se podría pensar que esa frase alude a un sujeto poseedor de un saber particular, íntimo, de su ser y en parte responde a la cita de Lacan que es condición de una transferencia. Ese sujeto que sabe, que según el texto de la frase esta ubicado geográficamente fuera del espacio analítico, en Tucumán, es nombrado, citado en el espacio analítico.

“Allá me conocen bien” contrasta con el “J no recordaba cosas” y “su discurso era por momentos confuso”. Una verdad sobre él que no podía poner en palabras, estaba atesorada en otro lugar.

Hablamos anteriormente de dos facetas de la transferencia, que Lacan ordenó en imaginaria y simbólica. Esto se inscribiría en el orden simbólico, en la faceta positiva de la transferencia, tal lo expresado en el capítulo 1.

Esto se inscribe también en la misma línea con algo que sorprende al analista.

Acá encuentro la ocasión para proponerle una entrevista con su hermano, diciéndole que quizá podíamos escucharlo a él y hablar acerca de la cuestión del trabajo y cosas que a él le costaba recordar, pero J concluyó: no quiero meter a ellos en esto. Respetando su decisión, le recordé que era su espacio y que seguiríamos pensando juntos en lo que le sucedía. (...) Su respuesta me toma de sorpresa, lo veo tomar un lugar, apropiarse de este espacio, y por otro lado me quedaba con la pregunta ¿Qué era ESTO en lo que no quería meter a ellos? (Coronel, 2011)

Esto pasaría desapercibido tal vez para otro modelo de análisis que no diera a los decires, hasta el más mínimo, del sujeto paciente, el estatus de

significante, posibilidad de surgimiento de una verdad del sujeto que lo compromete en una dialéctica.

En función del valor del significante que se define en oposición a otros significantes, se podría pensar ese ESTO en oposición al ELLOS a los que no quería meter. Que en ESTO estaría él implicado como sujeto. Y también que ELLOS son su hermano que “no lo deja trabajar” y su cuñada que “habla de más y miente sobre su familia”, según consta en la presentación. Y que ESTO es un espacio muy valorado por el paciente. Cito una apreciación de la profesional en relación a la valoración del espacio analítico: “...sin embargo asistía regularmente y cuando faltaba volvía a pedir un turno.”

Promediando el proceso, la analista sugiere dibujar. Este recurso provoca un caudal de decires que “le dan la posibilidad de ordenar su historia, eso que aparecía en el primer momento olvidado, desorganizado, alterado, puede encontrar representantes y otro sentido a través de la historia de los dibujos.”

En la presentación se relatan tres dibujos:

El primero alude al instituto de menores donde estuvo alojado, y que lo lleva a recordar que “ahí se mató un amigo de él, que era más grande, de otro grado. Se ahorcó en el baño y nosotros vimos todo, cuando llegó la ambulancia y lo sacaron, todo.” (Coronel, 2011)

El segundo, un castillo, descubre: “cuando tenía 4 años su padrino quería llevarlo a vivir con él, que lo iba a cuidar, le iba a dar comida, pero que su papá no quiso. –yo sí quería (dice suspirando) ...siempre que voy a Tucumán, visitamos al papá de mi padrino

en el cementerio.-” Registrar el suspiro que acompaña esa frase “yo sí quería” es registrar un significante que está ahí produciendo un efecto de significación, un corte en el discurso por donde surge algo del sujeto del deseo. Tan espontáneo, genuino, según se lee, digno de ser registrado.

Y un tercero, tres rostros, “el del medio es él y dos de sus hermanas” y surge que una de ellas, “Valeria, que cuando tenía 15 años se fue de la casa y a quien nunca más volvió a ver. –No la vimos más, no sabemos nada de ella, a mí me gustaría encontrarla-” (Coronel, 2011)

Hay una frase que el sujeto paciente repite siempre: “es difícil de contar”, a lo cual sigue una referencia a un accidente sufrido a los 12 años “en el que se le cayó un palo en la cabeza y como se le clavó algo lo llevan al hospital (...)” (Coronel, 2011)

Del material aportado, movilizado, descubierto por los dibujos, surge otro significado posible de ese “difícil de contar”. Una dificultad distinta de la atribuible a unas causas neurológicas por alguna lesión cerebral, referidas por el sujeto paciente. Los dibujos aportan datos que completan los baches en el relato, organizan la historia de J. Esos datos tienen un tinte muy particular: haber presenciado la muerte horrorosa de un amigo en el primero, una relación deseada que no pudo ser con el padrino y reducida a una visita al cementerio, en el segundo dibujo, y la desaparición plena de incertidumbre de una hermana querida, en el tercero.

Después de los dibujos

(...) asimismo, me dice el nombre de su cuñada y su hermano, algo que había preguntado en otras ocasiones y no aparecía, y concluye con “por el golpe en la cabeza es que me confundo yo, por eso me pierdo”. Y el dibujo pasa a un segundo plano, de tal manera que mientras va comentando estas cosas, va tapando con las hojas blancas sus dibujos. (Coronel, 2011)

Vimos en los Objetivo 1 y 2, que no solamente un fallido, que el tono, el acento con que se dice lo que se dice, y aquí podríamos extenderlo a lo que se hace mientras se dice lo que se dice, es significativo. Si se dice más de lo que se dice, si mentir, engañar, es también decir una verdad, es más, a través de una mentira accede una verdad más pura del sujeto.

Ese golpe, el que le hace perder y confundir, ¿será también responsable de tapar con hojas blancas, vacías de datos, de memorias, las otras, pesadas de memorias que cualquiera querría no recordar si pudiera?

A su vez, esa valoración que hago de los recuerdos despertados por los dibujos me lleva a pensar en aquella abstinencia propuesta, recomendada por Lacan al analista en cuanto a sus sentimientos y a esa crítica a la capacidad de comprensión que no haría sino obstaculizar el movimiento dialéctico de las verdades del sujeto paciente.

Se trata en este modelo de trabajar con las posibilidades del sujeto de ser, no de proponerle el analista su visión de la realidad, no de imponerle sus

interpretaciones. En J surge una capacidad de poner límites que tienen que ver con su deseo. En este modelo de análisis se habla de la ética del deseo y de que el sujeto sea responsable del deseo que sobredetermina sus actos como una dirección de la cura.

En la vuelta de las vacaciones (...) me explica que está trabajando con su hermano y no pudo asistir. Algo nuevo diferente aparecía en esta cita, y en razón de que su discurso continúa siendo difícil de seguir, entiendo de este relato que su hermano ocupó los horarios en los que él va a la escuela y asiste al dispositivo, y él puso un límite a esto (...). (Coronel, 2011)

Quisiera agregar una lectura posible respecto de J y sus dibujos: “Su 2º dibujo lo inicia agregando una cruz en el anterior (el del instituto de menores), y dice, me faltaba”.(Coronel, 2011) Registrar, pensar, datos en la superficie del relato. Fue especialmente ese dibujo sobre el que J, luego de finalizado, preguntó a la profesional “¿qué es?”, ante lo cual, la Lic. Coronel escribe: “le devuelvo su pregunta diciéndole que lo había hecho él, si podía contarme qué hizo.”(Coronel, 2011) Registrar, pensar a ese sujeto del deseo es la labor del analista.

¿Casualidad pintoresca, figuradora? Enigma que nos deja pensando. Justo

hay un párrafo de Lacan, citado en el Objetivo 2 que hilvana la pregunta y la cruz:

La falta de que se trata es ciertamente lo que hemos formulado ya: que no hay un Otro del Otro. Pero este rasgo de la No-Fe de la verdad, ¿es en efecto la última palabra válida para dar a la pregunta: qué me quiere el Otro?, ¿su respuesta, cuando nosotros, analistas, somos su portavoz? Seguro que no, y justamente en la medida en que nuestro oficio no tiene nada de doctrinal. No tenemos que responder de ninguna verdad última, especialmente ni pro ni contra ninguna religión.
(Lacan, 1960)

Otra presentación, de la Lic. María Prario, cuyo paciente, también de inicial J, es un niño de 11 años. En este proceso hubo entrevistas con la mamá, el papá, J y el gabinete psicopedagógico de la escuela.

Comencemos por acá: La profesional comienza su descripción de J diciendo: “J es un niño que por su apariencia física pareciera ser de mayor edad.” (Prario, 2011) Pero, unos párrafos más adelante, P. la mamá de J. dirá: “Juan es un chico de 11 en un cuerpito de 4”. (Prario, 2011)

¿Por qué esta diferencia? De un extremo al otro. Este es un dato que se destaca. Como dijimos en los capítulos anteriores al hablar de fantasma, que

es el modo en que Lacan concibe a la fantasía inconsciente, lo que cuenta para este modelo es la realidad psíquica, y ahí esta siempre el compromiso con la realización de un deseo. Preguntémonos entonces qué deseo de P. (mamá de J) realizaría el percibir a J. más pequeño, mucho más pequeño de lo que es percibido por la profesional.

“Lo primero que me llamó la atención al verlo en el aula fue lo inquieto y agresivo que se mostraba, insultando a sus compañeros (...) Su maestra (...) se mostraba desbordada (...).” (Prario, 2011), escribe la profesional.

Dice la mamá: “(...) hasta los 7 u 8 años iba bien, sin problemas, momento en el cual nace su hermano y lo expulsan de la cama de sus padres, en la que dormía hasta entonces.” (Prario, 2011)

Vimos anteriormente cómo Lacan concibe los tiempos o momentos lógicos del Edipo. Cómo el hijo que en el primer momento está inmerso en la díada madre hijo, totalmente cubierto su ser por el Deseo de la Madre, que es un significante que nos lleva a entender qué es ese niño para la lógica del deseo de la mujer. Vimos que esta intelección se fundamenta en los avatares de la femineidad de la niña frente al complejo de castración. Que cada sujeto los transita de manera particular. También vimos con Lacan, la función simbólica del padre, el lugar del padre en la estructura de la realidad psíquica del sujeto, el Nombre del Padre, eso que no atañe al padre real, sino a un lugar en la estructura que allí se conforma, y de manera fundamental, al lugar que ocupa está función para la madre. La función paterna, llamada también la metáfora paterna, pues hay una sustitución del significante del deseo de la madre, por el del nombre del padre. Vimos que entonces sucede que desde ese lugar se

frustra a la madre de gozar del hijo como su falo imaginario y se castra al hijo de desear ocupar ese lugar.

Volvamos a J que durmió en la cama de los padres hasta los 8 años. Hasta los 8 porque nació un hermano... Allí el corte lo puso el nacimiento del bebé. Pareciera que hay una función que no se ejerce:

Al preguntarle sobre la posibilidad de que el padre concorra a una entrevista, P. (la mamá) dice que no puede por motivos laborales, y que aunque pudiera igual él no vendría, porque nunca se ocupó de las cosas de los chicos, y que de eso se ocupa ella. (Prario, 2011)

Hay otro dato que aporta en esta línea: “En las primeras entrevistas J. hablaba la mayor parte del tiempo de su tío, de las cosas que compartía con él, y de los proyectos que tenían juntos. (...) Nunca comentó nada de sus padres o hermanos (...)”.(Prario, 2011) Este tío es el hermano de la mamá, al que “desde hace un tiempo él (J) lo llama pá y su tío a él hijo.” (Prario, 2011) Pero esto fue facilitado por la mamá que “(...) habló con este tío (...) y le explicó que J era un chico especial, como si fuera un nene más pequeño, que había que tratarlo distinto, tenerle más paciencia, pero sin que él se dé cuenta.” (Prario, 2011) Me pregunto: ¿qué pasaría si se diera cuenta de que lo tratan como si fuera más pequeño?

“P. (la mamá) refiere que los hermanos, tíos y padre cargan a J con que es gordo, con lo que come, con que es feo. (...) Cuando lo cargan ella se pone en el medio, -yo soy el escudo de J- dice.” (Prario, 2011)

A la pregunta del párrafo anterior le sumo otra: ¿Qué pasaría si lo trataran como si fuera grande, como si tuviera la edad que tiene?

Relata la profesional: “Llevábamos un rato jugando al Ludo, cuando después que J tiró los dados, hizo la cuenta (...) le digo: -que rápido que estás haciendo las cuentas hoy, ¿estuviste practicando matemática? Ante lo cual él me mira sorprendido y dice que no practicó. Luego de unos minutos me pregunta ¿te parece que estoy haciendo mas rápido las cuentas?”. (Prario, 2011)

En este modo de análisis se habla de variar la posición del sujeto. La profesional ocupa el lugar del Otro para J. Pero un Otro que no disimula sus falencias, que no lo protege de quienes lo denostan, sino que reconoce sus logros. Esto sorprende al sujeto paciente, tanto que necesita constatar ese registro novedoso.

Otra presentación, curiosamente también de inicial J, hombre de 42 años, paciente de la Lic. S. Velázquez.

Yo siempre tuve toda la responsabilidad, ella (su ex mujer) hacia lo que quería. Pero yo creo que ella puede cambiar. Vos pensarás, por qué tengo que estar pensando o diciendo lo que ella debe

hacer, qué me importa a mí. Si yo tengo mi vida y mis cosas. Pareciera que a J le resulta difícil hacerse esa pregunta a sí mismo. Intervengo diciéndole que intente pensar en su insistencia en que ella cambie para ser una buena madre. Se queda pensando un rato, luego dice: empecé a hacer cosas por mí (...) jugar al fútbol (...), curso de peluquería, paso tiempo con mis hijos (...). (Velásquez, 2011)

La pregunta de la profesional produce un efecto. En el Objetivo 2 vimos cómo el deseo posibilita un desasimiento de esa sujeción al Otro. Otro que en J se lee en todo su esplendor de omnipotencia: en J, la madre y la ex se superponían en el relato como ocupando el lugar del Otro que lo sometía.

La pregunta de la profesional enfrenta al sujeto paciente a esa dependencia respecto del Otro, a esa espera de que el Otro cambie. El efecto instantáneo en esa dialéctica es que el deseo del sujeto paciente pasa a ser el tema. Señalemos que estamos hablando del 5º encuentro y que apenas en el 4º J decía:

Mi mamá me fue sacando las ganas de todo. Es sometedora (...) Y después terminé con mi ex mujer que era sometedora, igual que mi mamá. Se

me fueron las ganas de todo. No quiero ni jugar ni ver fútbol (...). (Velásquez, 2011)

Veíamos en los capítulos anteriores que la principal función de las interpretaciones es la de relanzar el movimiento dialéctico.

Yo te tengo que ver como un cura para poder contarte mis cosas (dice J). ¿Cómo es eso?, le pregunto. Sí, porque a los curas vos les confesás lo que te pasa, como a alguien de confianza. A mí me cuesta mucho hablar, entonces necesito verte de esa forma para poder contarte mis cosas. Solo que un cura te dice: rece 3 padrenuestros y ya está perdonado, y vos en este caso, no haces eso. ¿Vos sentís que hay algo que te tenés que perdonar? (pregunta la profesional) Habla rápido y nervioso (...) De repente se queda en silencio, mirando hacia abajo, se angustia. Mi papá nos decía que éramos escoria, a mí y a mis hermanos. Yo hice cualquier cosa conmigo, me drogaba, fumaba, tomaba, en vez de hacer lo que quería. (Velásquez, 2011)

La profesional relanza la transferencia con su pregunta respecto al perdonarse, y surge un momento fecundo del análisis. Lacan postula que la angustia, a diferencia de las palabras, es lo que no engaña. Y a continuación una nueva verdad del sujeto surge. Un texto que nos da coordenadas para ubicar al sujeto.

Recordemos aquí una cita del capítulo 1: “Así el analista es aquel que apoya la demanda, no como suele decirse para frustrar al sujeto, sino para que reaparezcan los significantes en que su frustración está retenida.” (Lacan, 1958)

Lacan ubica en el 2º tiempo del Edipo a un padre imaginario, terrible, temible: como el agente de la amenaza en el complejo de castración, el que priva. En la teorización de Lacan, este padre es un agente necesario en la sucesión lógica de ese tránsito del sujeto a través del triángulo edípico, hacia el 3º y último tiempo donde el padre será un padre donador, el que tiene el falo, con lo cual libera al sujeto de ser el falo de la madre. Lo libera castrándolo de querer ser el falo de la madre. En el discurso de J, el padre aparece detenido en ese segundo tiempo, figurando como terrible, amenaza imaginaria.

Otra parte de la presentación ilustra el significante del Deseo de la Madre, aquel que se explica por la ecuación hijo=falo, que data del tránsito de la madre, cuando niña, por el complejo de castración.

Habla de la relación con su mamá, dice: Ella siempre dice que tendría que haber sido hombre,

hasta yo tengo cosas más femeninas que ella, y se lo digo. Mi mamá me fue sacando las ganas de todo. Es sometedora (...). (Velásquez, 2011)

Si el sujeto se define por su posición en una estructura, las coordenadas aquí aparecen claras, y pintan un paisaje pleno de complicaciones para el sujeto que allí se debate en definir su posición sexual.

“Gracias por escuchar” es una frase que se repite, nadie me escucha a mi. Al principio él venía en calidad de papá de un alumno derivado, se apropió del espacio, y luego quería que se atendieran su ex mujer y su actual mujer. “(...) J se tornaba repetitivo, verborrágico, volvía una y otra vez a contar la misma historia sobre su separación y la relación con su ex mujer.” “Yo me quedaría hablando 50 horas” (Velásquez, 2011), dice en otra oportunidad.

Para este modelo hablar es demandar. ¿Qué texto se puede pensar estructurando esta demanda insaciable en J? Hay un sujeto paciente que reclama no ser escuchado, reconocido, valorado. Un sujeto que se debate en indefiniciones. Indefiniciones que no le son indiferentes, muy por el contrario, que atañen a lo más profundo de su ser.

Lacan habla de sacar provecho de los datos que ofrece el discurso. Veamos si este fragmento de la presentación aporta algo en la línea que veníamos pensando: “Mi mujer actual me dice que soy ambiguo. ¿Ambiguo?, le pregunto. Sí, que estoy con ella pero sigo enamorado de mi ex. Yo no, pero no puedo dejar de ayudarla, quiero cambiar eso.”

J se reconoce sometido a los caprichos del Otro, mamá y sus apéndices, aquí, su ex mujer. Postula Lacan que la dialéctica del deseo en su atravesamiento del complejo de Edipo pasa de “ser” a “tener”. De ser el objeto del capricho, del goce de la madre, a la posibilidad de tener falo, esa autorización al goce dentro del marco de la ley.

J se debate entre legalizar su pareja con aquel amor de toda la vida, que supuestamente representaría su deseo, su mujer actual, o retornar con su ex mujer, la que lo somete a sus caprichos, con el argumento de que lo hace por el bien de sus hijos.

Recordemos que el síntoma es un modo particular de goce del sujeto. Entonces, J, que se presenta como una víctima pasiva de mujeres sometedoras, tiene allí un protagonismo. Enfrentar al sujeto al deber ético de reconocer sus deseos inconcientes expresados en sus actos, es una de las coordenadas de la dirección de la cura que adoptamos aquí.

Tendríamos entonces que pensar qué beneficio reporta a J este vivir en el sometimiento y la indefinición para que surjan nuevas verdades.

CONCLUSIONES

Inicié este trabajo con un título que me convocaba, que me implicaba. Me posicioné en el lugar del que reivindica las verdades que aguardan ser dichas. Los textos de Lacan me desdijeron: la verdad no es algo que esté preformado, aguardando salir a la superficie. Es que la verdad surge entre alguien que enuncia y alguien que la registra. Y es en relación a donde surge: en análisis.

Vimos que quien enuncia no sabe que enuncia a menos que quien registre puntúe su enunciación. Vimos que depende de su registro que la verdad surja, por eso “la resistencia es la resistencia del analista”, porque los datos están ahí, en la superficie del decir del sujeto paciente.

Vimos que quien registra no es solo el interlocutor, sino también deberá serlo el que dice. La verdad no estática y preformada, es un movimiento: el de la dialéctica que se establece en un análisis.

En función de su verdad, este modo de análisis reconoce al sujeto una resistencia como genuina y respetable: cuando se trata de forzar el asentimiento de una interpretación que pretende representar su verdad. Sumado al postulado de que “el sujeto sabe, pero no sabe que sabe”, conforman a este modelo que reconoce al sujeto en su posibilidad de descaptura, vía el reconocimiento de sus alienaciones fundantes: en una imagen de sí que no es él, y en la palabra que pretende expresarlo, pero está redactada por otro y en un lenguaje al que debe someterse.

Vimos que es mejor pensar, que imaginar comprender, porque la significación nunca es una operación acabada. Sigue corriendo a lo largo del discurso. Entonces la verdad es camino, no estación. No se llega, se anda. No se cura, se accede desde el sufrimiento psíquico por los agujeros en el saber, por una historia detenida en “significantes para los que hay prescripción”, hacia un “infortunio cotidiano” en el que “todos somos neuróticos”, debido a un malestar propio de nuestra cultura, donde el sujeto tenga derecho a desear, y sea autor de sus actos.

“Ocultar una verdad es darle fuerza hasta que se hace insoportable”.

(Lao Tzu, IV A.C.)

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA DE REFERENCIA

Coronel, G. (2011). Presentación de Caso en Ateneo Clínico del Proyecto de Formación para Graduados. Facultad de Psicología. UNMDP

De Saussure, F. (1945). Curso de lingüística general. Bs.As..Editorial Losada

Evans, D. (1996). Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano. Bs.As.: Ed. Paidós

Freud, S. (1900). "La interpretación de los sueños". (En: "Obras completas". Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. 2003)

Freud, S. (1904). "Sobre psicoterapia". (En: "Obras completas". Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. 2003)

Freud, S. (1916). "Lecciones introductorias al psicoanálisis: Resistencia y represión". (En: "Obras completas". Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. 2003)

Freud, S. (1923). "Esquema del psicoanálisis". (En: "Obras completas". Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. 2003)

Freud, S. (1937). "Análisis terminable e interminable". (En: "Obras completas". Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. 2003)

Grupo de Investigación “Psicopatología y Clínica”, Facultad de Psicología,
Universidad Nacional de Mar del Plata. (2009). Modelos de Dirección de la
Cura. Mar del Plata: Autor

Lacan J.: (1951) “Intervención sobre la transferencia” (En : “Escritos 1”. Siglo
Veintiuno Editores. Bs.As.. 2002)

Lacan J.: (1953) “Variantes de la cura tipo” (En : “Escritos 1”, Siglo Veintiuno
Editores. Bs.As.. 2002)

Lacan J.: (1958) “La dirección de la cura y los principios de su poder” (En :
“Escritos 2”. Siglo Veintiuno Editores. 1985)

Lacan J.: (1960) “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el
inconsciente freudiano” (En : “Escritos 2”. Siglo Veintiuno Editores. 1985)

Little, M. (1996). Relato de mi Análisis con Winnicott. Bs. As.: Ed. Lugar

Prario, Maria. (2011) “Presentación de Caso” Ateneo Clínico del Proyecto de
Formación para Graduados. Facultad de Psicología. UNMDP

Velásquez, Silvina. (2011) “Presentación de Caso” Ateneo Clínico del
Proyecto de Formación para Graduados. Facultad de Psicología. UNMDP

